

LA ESCUELA FILOLÓGICA DE RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL

FRANCISCO ABAD NEBOT
UNED

A Carmen Nebot, que está con nosotros sin estar ya con nosotros, y a José-Carlos Mainer y a Dolores Albiac.

EN LA TRAZA DEL KRAUSISMO ESPAÑOL

Hay un bello artículo de Azorín que se rotula «Don Francisco Giner», y que apunta a cómo en efecto el espíritu de la Institución Libre de Enseñanza permeó e impregnó la cultura española del último cuarto del siglo XIX y el primer tercio de la centuria siguiente; decía así Azorín en un escrito que ocupaba parte de dos páginas del periódico *ABC* del viernes 18 de febrero de 1916:

Toda la literatura, todo el arte, mucha parte de la política, gran parte de la pedagogía, han sido renovadas por el espíritu emanado de ese Instituto [la ILE...]. Lentamente, á lo largo de cuarenta ó cincuenta años, la irradiación de ese núcleo selecto de pensadores y de maestros se ha extendido por toda España. La obra sigue su marcha progresiva. El espíritu de la Institución libre —es decir, el espíritu de Giner— ha determinado al grupo de escritores de 1898; [...].

Azorín habla enseguida del amor a las cosas castellanas; a los valores literarios tradicionales; a los poetas primitivos; a que se hagan ediciones de los clásicos «como antes no se habían hecho»; sin duda, el autor de *Monóvar* se está refiriendo en parte a sí mismo, pero por igual se refiere con toda propiedad a aspectos de don Ramón Menéndez Pidal, de Unamuno, etc. La presente idea de la penetración del espíritu que simbolizamos en Giner en las letras y la cultura españolas, se impone enseguida y de manera intuitiva en cuanto se leen muchos de los textos de nuestra «Edad de Plata»; de hecho, el historiador de la literatura y crítico literario Ángel del Río proclamó alguna vez lo mismo, esto es, que del krausismo español han procedido directa o indirectamente diferentes instituciones (la JAE, la Residencia de Estudiantes), así como una revisión de valores y el deseo de una nueva espiritualidad manifiestos en sucesivas generaciones; en nuestro modesto trabajo —y ya desde los años juveniles—, siempre hemos insistido en lo

mismo¹. Vamos a referirnos, pues, al Centro de Estudios Históricos de la Junta para Ampliación de Estudios, y lo hacemos en la creencia de que se inserta en varias de sus manifestaciones en esta tradición del krausismo español; además, cabe recordar al mencionado Unamuno.

Miguel de Unamuno en efecto, y además de meditar *en torno al casticismo*, pedía por su parte el estudio de la lengua, la canción (romanceril), etc., esto es, lo que por su lado se hallaba haciendo Menéndez Pidal, y así en 1905 manifestó: «Apenas si empieza a florecer en España el estudio, hecho en vivo y del natural, del pueblo. No está sino encentado [‘empezado’] todo género de *folklore* o demótica; ni las tradiciones, ni los cantares, ni las costumbres, ni el derecho consuetudinario, ni la medicina popular, ni el habla, han hecho sino iniciarse a estudio. ¡Y no es poca la mies!»; el amor a esta España intrahistórica lo expresaba enseguida don Miguel al decir, por ejemplo: «Allí en Zamora se ve la España que se va. En su mercado se asiste al más curioso museo de trajes populares a que puede asistirse en España. Allí concurren campesinos y campesinas de tierras de Sayago, de Aliste, Alcañices, Sanabria..., cada uno con sus típicos y pintorescos trajes»².

HACIA LA FALSACIÓN DEL POSITIVISMO

El sentido general más característico de la obra lingüística que cumplieron Menéndez Pidal y sus discípulos directos fue el de la falsación del positivismo estricto mediante la apelación a los factores históricos, culturales, de serie literaria, etc., que inciden en la historia idiomática. Por supuesto lo lingüístico existe en sí en buena medida —pues consiste en un código comunicativo inmanente—, pero no existe sólo en sí, sino en una situación elocucional, histórica, geográfica... Además de códigos, las lenguas son tradiciones, manifestación de cultura, etc.

Esta falsación del positivismo que podemos simbolizar en las obras magnas pidalinas *Orígenes del español* (1926) e *Historia de la lengua española* (redactada en gran medida hacia 1938-1942), se corresponde además con la quiebra de la mentalidad positivista que se manifiesta en general en la cultura española de fines del Ochocientos y décadas primeras del siglo XX. Alguna vez hemos recordado ideaciones del profesor José María Jover, ya que él es quizá quien más tiene subrayado el carácter de los años españoles de la década de los noventa (en el aludido Ochocientos), y de esta manera nos decidimos a recordar también ahora sus palabras:

¹ Cfr. en este sentido también —e. gr.— José Luis Gómez Martínez, «Krausismo, modernismo y ensayo», Ivan A. Schulman (ed.), *Nuevos asedios al Modernismo*, Madrid, Taurus, 1987, pp. 210-226.

² Miguel de Unamuno, *Obras Completas. I. Paisajes y ensayos*, ed. de Manuel García Blanco, Madrid, Escelicer, 1966, pp. 625 y 630 para ambos pasajes.

Los tensos y patéticos años noventa se presentan [...] con caracteres [...] peculiares e inconfundibles. [...] Pisando los talones al positivismo, manifestaciones de un cierto desvío con respecto a la fe en la ciencia y en la razón; manifestaciones que unas veces siguen el camino del evolucionismo para caer en fórmulas muy afines al irracionalismo germánico [...], y otras el de un espiritualismo que suele aparecer como elemento de contraste, diferenciando las obras de madurez de las forjadas en años de juventud [...] por no pocos literatos. Las clases altas y medias del país expresan —en la política como en el arte— su preocupación, su temor o su simpatía por los desheredados; el «problema social» accede a un primer plano³.

El espiritualismo intelectual del fin de siglo hace que se tenga interés por la figura de san Francisco o por la del mismo Jesucristo (recuérdese el *Nazarín* galdosiano): en general, ese espiritualismo se manifiesta en las obras de los llamados novelistas del realismo, y a veces en la conmiseración de los intelectuales hacia la miseria material; desde luego el conservadurismo social y el temor de quienes eran más o menos privilegiados a las clases más desfavorecidas, llevó a una dureza inmisericorde en el trato dado en la vida real a la clase obrera y campesina —las jornadas de sol a sol, las condiciones de la vivienda y de la alimentación, etc.—.

Jover glosa, asimismo, al aludir a la crisis del positivismo en tanto actitud filológica, cómo se dan

barruntos o convicciones de que ni el orden social burgués es tan sólido y admirable, ni el conocimiento científico-natural algo que baste a dar razón, por sí mismo, de todas las incógnitas del hombre. Asistimos así al apogeo de una pintura [...] que se diría que busca insistentemente, a través de la reiteración del tema de la miseria, del desvalimiento del desheredado, del dolor y de la muerte del humilde [...], testimonios de cargo frente a una sociedad que exige imperativamente su defensa y su conservación por boca de su burguesía⁴.

Ciertamente el espiritualismo de los intelectuales constituye una denuncia enérgica de las condiciones de vida de las clases populares, o a veces de las regionales (Andalucía, etc.). De manera idealizadora se habla del remanso de paz de la Restauración, de la amistad personal entre discrepantes políticos e ideológicos..., pero la verdad es que la Restauración probablemente constituyó un tiempo en el que la vida resultó de gran dureza para los grupos sociales más desfavorecidos, y de insolidaria altivez a cargo de las grandes burguesías; según ha dicho Mario Benedetti —a quien citamos ahora de memoria—, en la lucha de clases no hay perdones.

Concomitante con este llamado espiritualismo que se inicia en el fin de siglo ocurre la falsación del positivismo neogramático por parte de Menéndez Pidal, y

³ José María Jover, «La época de la Restauración», Manuel Tuñón de Lara (dir.), *Historia de España. VIII*, Barcelona, Labor, 1981, pp. 269-406: p. 273.

⁴ *Ibidem*, pp. 364-365.

por igual quiebra el positivismo cuando se manifiesta asimismo en los lustros inmediatos un impulso dado a la metafísica dentro de la filosofía.

A manera de apunte podemos decir cómo Ortega y Gasset habló a la letra de la anemia filosófica del siglo XIX traída por la vigencia del positivismo supuestamente científicista, y por su parte Xavier Zubiri decía en sus clases —cuyos apuntes transcritos fiablemente se conocen hoy— que el nivel propiamente filosófico había bajado a cero hacia 1870. Pero fue asimismo Manuel García Morente quien en varias ocasiones manifestó cómo la mentalidad positivista supuso la desaparición de la filosofía propiamente tal, y de esta manera el nuevo impulso que se dio a la metafísica suponía también la quiebra del positivismo.

Ya en 1916 mantuvo Morente que el positivismo era la imposibilidad de filosofar erigida en sistema, y en 1917 exponía lo que era, sin duda, una creencia de escuela —la escuela de Ortega y Gasset o «escuela de Madrid» en filosofía—, y así pudo escribir:

La filosofía en la segunda mitad del siglo XIX parecía agotarse por completo. Empobrecíanla, negábanla, dos tendencias concordantes. Primeramente el positivismo. Esta que no puede en rigor llamarse teoría, consiste en condenar de antemano a la esterilidad los esfuerzos de la reflexión humana sobre lo universal. Toda afirmación que rebasa en lo más mínimo la esfera de los hechos y sus relaciones, es vana e inútil. No hay más conocimiento que el que nos proporcionan las ciencias positivas particulares⁵.

Varios lustros más tarde, en los primeros años treinta, el mismo García Morente notaba de nuevo que el positivismo había significado una desviación de la meditación filosófica, y proclamaba más en concreto: «La renovación del sentido filosófico es la que ha empujado a la crítica del positivismo. El positivismo ha sido deshecho por una resuelta voluntad de filosofía»⁶.

Queda documentada mínimamente la quiebra del positivismo en la filosofía española del primer tercio del siglo XX, quiebra que asimismo se dio en la obra filológica pidalina; en concreto en las disciplinas filosóficas Morente mantuvo que el positivismo resultaba la propia negación de la filosofía, y alguna vez hizo uso de la fraseología orteguiana al enunciar que ya de nuevo y tras el eclipse del positivismo, la filosofía navegaba en alentadoras navegaciones hacia la ciencia metafísica⁷.

Testimonios como los presentes deben recordarse: el positivismo suponía una ausencia del verdadero quehacer filosófico, y la quiebra del positivismo se dio con-

⁵ Manuel García Morente, *Obras Completas*, ed. de Juan Miguel Palacios y Rogelio Rovira, Barcelona, Anthropos, 1996, I/vol 1, p. 133.

⁶ *Ibidem*, I/vol 2, pp. 284-285.

⁷ Citamos ahora según Manuel García Morente, *Escritos desconocidos e inéditos*, ed. de Rogelio Rovira y Juan José García Norro, Madrid, BAC, MCMLXXXVII, p. 202.

comitantemente en la cultura española en la filosofía, la literatura, la lingüística, la crítica de arte (Manuel Bartolomé Cossío)... El espíritu de la investigación lingüística cumplida por los miembros del Centro de Estudios Históricos y por los otros discípulos directos de Menéndez Pidal (Álvaro Galmés, Diego Catalán), fue el de superación y falsación del positivismo neogramático —positivismo tenido en cuenta no obstante en lo instrumental—, y el de la búsqueda de explicaciones histórico-sociales, o histórico-culturales, etc.

CONSTITUCIÓN DEL CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS

Alguna vez la fuerza de los hechos nos ha llevado antes de ahora a tener que disentir del buen estudioso Vicente Cacho, quien mantuvo: «La Institución es una empresa intergeneracional que se prolonga hasta 1936 [...]. No serán ya los institucionistas en sentido estricto sino un grupo más amplio, nucleado en torno a Ortega y Gasset, quien tome las riendas de la JAE y la lleve adelante, junto con los novísimos de la generación literaria y científica del 27, hasta la guerra civil»⁸. Cacho se ha dejado llevar seguramente por sus investigaciones y vinculaciones orteguianas —algo que a cualquiera nos puede ocurrir—: Ortega y Gasset apenas estuvo vinculado a la JAE y el Centro, y su paso por el mismo resultó un tanto rápido; buena parte de la representatividad de este CEH la suponen Hinojosa (hasta su enfermedad y muerte) y, sobre todo, Menéndez Pidal, pertenecientes respectivamente a dos y a una generaciones anteriores a la de Ortega; don Ramón es la persona que mejor simboliza al Centro y su continuidad en los estudios de ciencias humanas y sociales.

Si recordamos noticias de este Centro, se sabe cómo la Junta para Ampliación de Estudios apenas pudo dar pasos adelante en sus tres primeros años (1907-1909), durante el turno conservador cubierto por el gobierno Maura en lo que se ha denominado un largo bienio. La «Memoria» de la JAE «correspondiente al año 1907» exponía a las claras: «La actividad de la Junta, no obstante respetuosas reclamaciones, ha estado suspendida, sus funciones mermadas y sus actos alterados [...] La Junta tiene motivos de pesadumbre»; de nuevo la siguiente «Memoria» de los años 1908 y 1909 exponía: «Al terminar el año 1907 atravesaba la Junta un período crítico en que quedó en suspenso casi toda su vida»⁹.

⁸ Vicente Cacho Viu, «La Junta para Ampliación de Estudios, entre la Institución Libre de Enseñanza y la generación de 1914», José Manuel Sánchez Ron (coord.), *1907-1987. La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas 80 años después*, Madrid, CSIC, 1988, II, pp. 3-25: pp. 3-4.

⁹ Los datos sobre el «Centro» que nos irán apareciendo, los tomamos de las sucesivas Memorias de la JAE; damos la referencia concreta de algunos pasajes de mayor significación, y no de los que son meramente informativos.

De hecho fue en el año 1910 cuando se concretó la configuración institucional que iba a poseer el Centro de Estudios Históricos, y así pudieron iniciarse las tareas. La *Memoria correspondiente á los años 1910 y 1911* de la JAE expone de manera gráfica que «el año 1910 fué para la Junta un período de expansión en que comenzaron á tomar cuerpo algunos de los gérmenes contenidos en su Decreto constitutivo», y expone asimismo que «por Real decreto de 18 de Marzo [...] se creó un Centro de estudios históricos».

La presente aludida Memoria referida a 1910 repite en la parte que dedica específicamente al CEH la noticia del Real Decreto de 18 de marzo por el que el organismo se crea, y del encargo que se le hace, encargo que por su valor de testimonio recordamos ahora:

- 1.º De investigar las fuentes, preparando la publicación de ediciones críticas de documentos inéditos o defectuosamente publicados (como crónicas, obras literarias, cartularios, fueros, etc.), glosarios, monografías, obras filosóficas, históricas, literarias, filológicas, artísticas ó arqueológicas.
- 2.º De organizar misiones científicas, excavaciones y exploraciones para el estudio de monumentos, documentos, dialectos, folklore, instituciones sociales y, en general, cuanto pueda ser fuente de conocimiento histórico.
- 3.º De iniciar en los métodos de investigación á un corto número de alumnos, haciendo que éstos tomen parte, cuando sea posible, en las tareas antes enumeradas, para lo cual organizará trabajos especiales de laboratorio.
- 4.º De comunicarse con los pensionados que, en el extranjero ó dentro de España, hagan estudios históricos, para prestarles ayuda y recoger al mismo tiempo sus iniciativas, y de preparar, á los que se encuentren en condiciones, labor y medios para que sigan trabajando á su regreso.
- 5.º De formar una biblioteca para los estudios históricos y establecer relaciones y cambio con análogos Centros científicos extranjeros¹⁰.

Se trataba, por lo tanto, de llevar a cabo un buen positivismo metodológico en cuanto a la edición crítica de las fuentes; de organizar misiones científicas a la búsqueda de más fuentes y con el propósito de hacer encuestas dialectales; de adiestrar en la práctica de la investigación a quienes se iniciaban; etc. Una visión filológica y atenta a la tradición popular se dibuja en los propósitos del Centro, a la par que el propósito de la mayor rigurosidad posible en la textualidad de las fuentes.

¹⁰ Junta para Ampliación de Estudios, *Memoria correspondiente á los años 1910 y 1911*, Madrid, 1912, pp. 131-132.

LA SECCIÓN DE «ORÍGENES DE LA LENGUA ESPAÑOLA». ORTEGA EN EL CENTRO

Nos importa ahora la Sección que en el Centro de Estudios Históricos dirigió en continuidad hasta la Guerra Civil don Ramón Menéndez Pidal, denominada en los primeros años de «Orígenes de la lengua española». Aparecen ya junto al maestro Tomás Navarro Tomás, Américo Castro, Federico de Onís, Antonio García Solalinde, etc.

Entre la obra que se hallaba en ejecución se encontraba el «estudio filológico de los primeros monumentos de la lengua en los diversos dialectos leonés, castellano y aragonés para la publicación de una Crestomatía del español antiguo», obra que unos años más tarde tomará cuerpo en el tomo pidalino de *Documentos lingüísticos de España* referido al Reino de Castilla (1919), y más tarde —tras la guerra—, en el volumen de documentos aragoneses de don Tomás Navarro (1957); asimismo, pasado el tiempo Rafael Lapesa cuidó la edición de una llamada efectivamente *Crestomatía del español medieval*.

Por aquellos tiempos de inicios del CEH se anunciaba asimismo que en principio Navarro, y también Antonio García Solalinde, iniciaban los trabajos para la edición de la *Grande e General Estoria* que en realidad llevaría a cabo el segundo de ellos; el joven Tomás Navarro se especializaba dentro del grupo pidalino en el estudio del dominio idiomático-dialectal aragonés, y don Ramón y varios de sus otros discípulos centraban su trabajo en el dialecto leonés. La especialización de Navarro en fonética y en geografía lingüística debió de llevarle a abandonar su participación en el establecimiento de los textos alfonsíes.

La inmediata *Memoria* de la JAE correspondiente a 1912 y 1913 da cuenta de las pensiones que se han concedido para el extranjero, y del propio Navarro Tomás nos dice que empezó como pensionista en 1912 en las Universidades de Montpellier y Grenoble, en las que «trabajó con los profesores Grammont, Millardet [...] sobre técnica y aplicación de los aparatos registradores é inscriptores de la palabra, construcción de paladares artificiales y prácticas de investigación dialectal». Más tarde hizo estudios en Marburgo; también «el pensionado compró en Hamburgo para la Junta, varios aparatos de fonética que figuran actualmente en el laboratorio del Centro de Estudios Históricos».

Pero, además, ocurre algo en el Centro que no debe quedar inadvertido: se trata de que en el otoño de 1913 ha dado inicio a sus trabajos una Sección de «Estudios sobre la Filosofía contemporánea» bajo la dirección de don José Ortega y Gasset. El propósito que se enunció tenía gran ambición, pues se trataba de

emprender la publicación de una obra en varios tomos donde se exponga y examine con grande minuciosidad el estado actual de los estudios filosóficos. El plan [...] es el siguiente: aparecerán primero tres tomos dedicados á la Lógica [monografías sobre la obra de Rickert, Husserl, Cohen, Bergson, Croce...]. Seguirán otros dos sobre Ética y uno respectivamente sobre Estética, Psicología, Filosofía de la Religión y problemas parciales. Constituirá esta producción, una vez cumplida, una labor urgente

y adecuada á la situación de los estudios filosóficos en España, menos adelantados que los de otras ciencias, y menesterosos antes que nada y antes de optar á creaciones originales, de pasar concienzuda revista á lo que hoy se ha logrado ya ó se intenta en otros países¹¹.

Nada de esto se llevó en definitiva a cabo, y Ortega —tras colaborar efectivamente en el Centro por breve tiempo— emprendía una navegación en solitario y no sólo publicaría escritos más o menos cortos, sino ya libros enteros; su falta de libros hasta entonces se halla satirizada en la novela de Ramón Pérez de Ayala *Troteras y danzaderas*.

En en volumen inicial de la *Revista de Filología Española* (1914) aparece una reseña al pequeño libro (113 págs.) de Charles Bally *Le Langage et la vie*; el breve texto se halla firmado por J.O.G., que sin duda debe de ser nuestro filósofo, dada su vinculación de entonces a la Junta y dados algunos rasgos temáticos y de estilo que presenta esta reseña que parece haber pasado inadvertida: no la mencionan ni siquiera Antonio Quilis y Juan Manuel Rozas en su bibliografía *La lengua y la literatura modernas en el CSIC* (1965), pese a que se hace cargo también de las etapas primeras de la RFE. El libro de Bally parece satisfacerle sólo en parte a Ortega, quien escribe en lo que creemos sustancial:

Desde hace algún tiempo preocupa a los investigadores del lenguaje la fatal incongruencia entre el estudio anatómico del habla y lo que ésta es en realidad. Y hay un deseo [...] de completar el estudio orgánico del lenguaje con su estudio funcional. El tópico de la época consiste en oponer a lo racional lo vital, y el Sr. Bally se desliza por la rampa de ese tópico sin mostrar resistencia alguna. No basta con decir que el lenguaje no es la razón cristalizada en la gramática tradicional, ni [...] decir que el lenguaje es vida para que sepamos algo nuevo. [...] Según el autor el lenguaje sólo es un medio de la acción [...]. No tiene un fin estético ni lógico. Es predominantemente afectivo¹².

El filósofo parece pedir que en lingüística se haga no sólo «anatomía» sino «fisiología», que se consideren los actos de habla como afectivos y actuativos —es decir, que se considere el hecho de hablar en su funcionalidad, y no sólo su anatomía gramatical—. Interesado por la filosofía de la vida, se diría que al joven Ortega le resulta incómodo que otro autor se le haya anticipado (llega a calificar las conferencias de Bally como «amenas y vagas»).

Amado Alonso debió tener contacto probablemente con Ortega y con García Morente —en Madrid y acaso en la Argentina—, y esa filosofía de la vida que ellos practicaban le llevó a avalorar mucho a Bally, de tal manera que esta obra *El lenguaje y la vida* la tradujo pronto según el original adicionado de su segunda edición.

¹¹ Junta para Ampliación de Estudios, *Memoria correspondiente á los años 1912 y 1913*, Madrid, 1914, pp. 248-249.

¹² Vid. la *RFE*, I, 1914, pp. 340-341.

REORGANIZACIÓN DEL CEH

La *Memoria* de la JAE correspondiente a los años 1914 y 1915 da cuenta de que se han instituido los cargos de presidente y de secretario del Centro, para los que se nombra a don Ramón Menéndez Pidal y a Tomás Navarro Tomás, respectivamente; además, la Sección dirigida por Menéndez Pidal pasa a denominarse ahora y ya en adelante «Sección de Filología», aunque por lo que parece claramente un error de composición tipográfica, en un momento se dice que es sección de «Estudios sobre textos literarios é históricos españoles», lo que ha despistado alguna vez. Formalmente, pasa así Ramón a ser director de todo el Centro, y en efecto incidiría en la obra de Manuel Gómez Moreno, de Claudio Sánchez Albornoz, de Luis García de Valdeavellano..., aunque en el primero de estos casos hubo, sin duda, un intercambio de impronta intelectual entre los dos autores. Por lo demás, el presente nombramiento del maestro fue algo posterior al de Navarro en cuanto secretario.

En general el CEH constaba por estos años de 1914/1915 de las siguientes Secciones algunas de las cuales eran —además de la de Filología—, e. gr. (se anota asimismo el nombre de los directores respectivos de las mismas):

Sección de Instituciones de la Edad Media: Eduardo de Hinojosa.

Sección de Arqueología: Manuel Gómez Moreno.

Secciones de Filosofía Árabe y de Instituciones Árabes: Miguel Asín Palacios y Julián Ribera, respectivamente.

Sección de Filosofía Contemporánea: José Ortega y Gasset.

Asimismo, queda aludida en la *Memoria* de 1914/1915 en cuanto nueva publicación del Centro la *Revista de Filología Española*, sobre la que encontramos esta información:

La «Revista de Filología Española» empezó á publicarse á partir del primer trimestre de 1914 [...]. La dirige D. Ramón Menéndez Pidal, y está encomendada su gerencia al señor Navarro Tomás. [...] En la formación de la «Revista» ha colaborado propiamente todo el personal de la Sección de filología, y en especial —aparte del Sr. Menéndez Pidal— los señores Castro, Onís, Solalinde, Reyes, Navarro Tomás y Gómez Ocerin. Otras secciones del Centro, particularmente las de los Sres. Ribera y Asín, han ayudado con su colaboración.

Tras sus inicios en 1910, sin duda los presentes años 1914 y 1915 resultaron fundamentales en la organización y el crecimiento de la sección de filología española del CEH, la cual adquirió por entonces un perfil mantenido en los siguientes lustros; hasta hoy mismo llega la *Revista de Filología Española*, si bien la orientación de la revista en varias de sus etapas posteriores a la guerra ha resultado en algunos rasgos contrapuesta y contradictoria con la pidalina, y algunos de sus aseso-

res (incluso en tiempos recientes) han sido personas muy contrarias a la escuela de don Ramón.

HACIA FINAL DE LOS AÑOS DIEZ

Después de la Primera Guerra Mundial y hasta la guerra de 1936 se llega acaso a los lustros de mayor esplendor de la denominada «Edad de Plata» de la cultura española: la acumulación de generaciones y escritores resulta muy grande, pues se hallan vivas figuras decimonónicas —el mismísimo Ramón y Cajal, Palacio Valdés, Manuel Bartolomé Cossío—, y se encontrarán en toda su vigencia las conocidas como generaciones de 1898, de 1914 y de 1927; empiezan ya a escribir asimismo los autores de la generación llamada de 1936. Por su parte, el CEH alcanza también los más maduros momentos, hecho lógico dada la incorporación al mismo de nuevos miembros, y tenido en cuenta el trabajo que en él se venía haciendo desde años atrás.

La *Memoria correspondiente a los años 1918 y 1919* indica que «se ha terminado la impresión del tomo de documentos castellanos» de Menéndez Pidal; se trata del volumen aludido arriba *Documentos Lingüísticos de España. I. Reino de Castilla*, que aunque llevó en portada esa fecha de 1919 acabó por salir a luz realmente más tarde. Y al dar noticia de que ha acabado la impresión de los Documentos —aún se le añadieron al tomo otros complementos, motivo quizá de que se demorase su salida—, esta Memoria añade por igual unas palabras de interés: «Terminada también —dice— la extracción de los materiales lexicográficos y gramaticales de dichos documentos, que se venía haciendo al mismo tiempo que la impresión, el señor Menéndez Pidal se ocupa actualmente en el estudio y comentario de los diversos problemas lingüísticos que estos materiales presentan». La verdad es que tal estudio no parece que cristalizase en particular en ninguna monografía específica, pues lo que sí hizo don Ramón, muy maduro ya cercano a los sesenta años, fue llevar el análisis a documentación más temprana que la de esta colección, y sacar a luz su obra grande e inigualada —aunque se le hayan encontrado defectos parciales en la datación de los textos— *Orígenes del español*.

En fin por estos momentos salió el *Manual de pronunciación* de Navarro, que quedaba presentado así en la últimamente mencionada *Memoria*: «El señor Navarro Tomás ha publicado un libro titulado *Manual de Pronunciación Española*, en el cual se describe metódicamente la pronunciación correcta, se indican los principales rasgos en que el habla vulgar y las hablas regionales más importantes se apartan de la pronunciación correcta y se señalan asimismo los defectos más salientes en que los extranjeros suelen incurrir hablando español». Don Tomás señaló en efecto cuál era esa corrección a la que él aludía, y pudo concretar de esta manera:

Señálase como norma general de buena pronunciación, la que se usa corrientemente en Castilla en la conversación de las personas ilustradas, por ser la que más se aproxima a la escritura; su uso sin embargo no se reduce a esta sola región, sino que recomendada por las personas doctas, difundida por las escuelas y cultivada artísticamente en la escena, en la tribuna y en la cátedra, se extiende más o menos por las demás regiones de lengua española. Siendo fundamentalmente castellana, la pronunciación correcta rechaza todo vulgarismo provinciano y toda forma local madrileña, burgalesa, toledana, etc.; y siendo culta, rechaza asimismo los escrúpulos de aquellas personas que, influídas por prejuicios etimológicos y ortográficos, se esfuerzan en depurar su dicción con rectificaciones más o menos pedantes¹³.

La obra describe, por lo tanto, la pronunciación castellana sin vulgarismos y culta sin afectación. No hay que insistir en que estamos ante uno de los textos fundamentales que elaboró la escuela pidalina, y que conserva toda su vigencia y es de necesaria consulta noventa años más tarde de su primera edición.

En la posterior *Memoria* de «los cursos 1922-1923 y 1923-1924» figura como colaborador de la Sección de Filología don Vicente García de Diego; persona de formación independiente, fue empeño personal de don Ramón, y debido a su especialización etimológica y dialectal, incorporarlo a las tareas de la JAE y de la Academia de la Lengua. En las publicaciones de teoría lingüística don Vicente fue más vago e inconcreto; desde luego su trabajo dialectal es bastante sólido e ilustrativo.

LOS AÑOS MEJORES

A lo largo de 1924, 1925 y 1926 quedarían editadas obras señeras de Menéndez Pidal y de Américo Castro (más algunos artículos de relieve de Amado Alonso, que pronto iría a la Argentina); veamos algo sobre tales textos y en general las actividades del CEH.

En la Memoria de la JAE correspondiente a los cursos 1924-1925 y 1925-1926 se hace referencia lógicamente a los *Orígenes* pidalinos, de los que se informa de esta manera:

El señor Menéndez Pidal [...] utiliza un material lingüístico casi desconocido hasta ahora. En él sobresalen unas *Glosas Emilianenses* de mediados del siglo X, algo más antiguas que las conocidas *Glosas Silenses*; de ambas *Glosas* se da una edición completa. Se publican por extenso o se utilizan fragmentariamente multitud de documentos notariales de los siglos IX al XI, procedentes de las catedrales de León y de Palencia, del archivo episcopal de León y de los monasterios de Sahagún, Oña, San Juan de la Peña y otros muchos. Estos inexplorados textos dan formas de extraordinaria novedad, que ilustran como fuerte luz no sólo la historia de los romances españoles, sino la evolución lingüística en general, el desarrollo de los fenómenos del lenguaje a través del tiempo y del espacio.

¹³ T. Navarro Tomás, *Manual de pronunciación española*, Madrid, CEH, 1918, pp. 6-7.

Se trata pues de esto:

- a) Quedaban empleadas fuentes cuyo análisis no se había hecho hasta el momento, fuentes que constituían el fundamento acertadamente positivista del trabajo filológico. Hoy sabemos que algunas no poseen la datación tan temprana que creía don Ramón.
- b) Nos hallamos ante un panorama de parte relevante de la situación idiomática peninsular en los siglos X y XI; esa parte territorial considerada es la que dará lugar luego como tradición vernácula y más tarde literaria a la lengua castellana/española.
- c) El texto pidalino se ocupa de cómo ocurre en concreto la variación lingüística tanto en la dimensión del espacio como en la del tiempo. El autor atiende a las variaciones geográficas y diacrónicas, pero asimismo a las de de registro (cultismo, llaneza, etc.). Don Ramón venía postulando ya desde unos tres lustros antes el análisis según la dimensión temporal y espacial del idioma, y lo lleva a cabo ahora de manera ejemplar y única en su momento: en consideración global, es una obra insuperada.
- d) Estamos consecuentemente ante una teoría de la evolución idiomática; las páginas finales teóricas se han hecho clásicas en la romanística.

Además, se proyectaba hacer un segundo volumen de glosario a los presentes *Orígenes*, y este glosario luego de muchas vicisitudes ha llegado a aparecer en una primera versión a comienzos del siglo XXI (2003).

Por igual en la presente Memoria de los años 1924/1926 encontramos noticia de dos obras mayores del propio Menéndez Pidal y de Américo Castro, a saber, *Poesía juglaresca y juglares* y *El pensamiento de Cervantes*, en referencia a las cuales leemos:

El señor Menéndez Pidal [...], comenzando por un estudio de los juglares en general, sus diversos tipos, instrumentos músicos, etc., desarrolla el cuadro de la poesía juglaresca, lírica y narrativa, desde los orígenes hasta fines del siglo XV, y *constituye una verdadera historia de la literatura medieval en su carácter de espectáculo público* [subrayado nuestro;...] Don Américo Castro ha publicado otro libro sobre *El pensamiento de Cervantes* [...]. En él aspira a renovar las ideas tradicionales acerca de la cultura de Cervantes, poniendo su obra en relación con las ideas fundamentales del Renacimiento; estudia la orientación literaria, los temas más característicos en la obra cervantina, las ideas religiosas y morales, su sentido histórico y la íntima relación existente entre la ideología del autor y sus mayores creaciones artísticas.

El texto pidalino aludido constituye una preciosa aportación sobre la creación literaria y el modo de vida de la literatura en los últimos siglos medievales; es obra absolutamente vigente hoy en día, y fue objeto de una ampliación por parte de su autor en la sexta edición de 1957; las páginas de doctrina teórica quedaron añadidas entonces, y don Ramón insistía en el idioma y el romancero y las canciones

de gesta en tanto productos tradicionales y que viven en la tradición, sometidos por tanto a una vida en variantes. Nos consta que Lapesa avaloraba mucho tal parte de doctrinas teóricas presentes en la versión final de esta contribución de gran belleza intelectual e insuperada hasta hoy mismo.

En cuanto al libro de don Américo es su segunda contribución de importancia tras *España en su historia*; podemos decir incluso que es la obra clave de su primera etapa en cuanto investigador, mientras *España...* lo es de la segunda. En el contexto de la escuela filológica pidalina no llamó la atención que un catedrático que oficialmente debía ocuparse de la Historia de la Lengua Española apenas lo hiciese y sí escribiera en cambio un volumen amplio sobre Cervantes; con la quiebra actual entre nosotros de esta perspectiva filológica, al importante libro de don Américo casi se lo ignoraría quizá en una estimación de su trayectoria, si bien es verdad, por otro lado, que el maestro granadino se ocupó relativamente bastante poco de la materia de la que fue catedrático durante veinte años antes de la guerra: es una verdad que tampoco hay que ocultar, y de hecho Coromines —vinculado como veremos a A. Castro— la sugirió una vez.

Don Américo (según decimos) fue de manera administrativa oficial catedrático de Historia de la Lengua Española, pero en verdad sus intereses iban por otra parte, por los de una Historia de la cultura española primero del Renacimiento, y luego de las creencias religiosas en el suelo peninsular (en realidad al estudiar el Renacimiento se ocupaba ya de la creencia erasmista); no extraña así que su labor en torno a la diacronía resultase limitada, pues otros eran los afanes que llevaba en el alma. Se sintió perseguido en una España tradicionalmente católica por cuanto pertenecía a la minoría laica y republicana, y enlazó así de manera natural con los erasmistas y —en su tiempo— con los krausistas: la mera lingüística debía resultarle un tanto abstracta y vacía de sentido, y dedicó por ello el afán investigador a problemas de la cultura. Si en la actitud liberal y laica entroncaba con Menéndez Pidal, sus preocupaciones intelectuales le llevaban a Menéndez Pelayo: dicho simplificado y para entendernos, él era una especie de Menéndez Pelayo de izquierdas, mientras su maestro don Ramón enlazaba naturalmente a su vez con el Menéndez Pelayo historiador de la literatura y exaltador del Quinientos español y de su estilo lingüístico-literario presidido por la claridad. De esta forma trabajos lingüísticos como el anunciado de una Gramática y vocabulario de los Fueros leoneses los dejó Castro sin hacer, al igual que Menéndez Pidal dejó inacabada su Historia de la lengua entre otras razones (creemos) por su poco gusto hacia unos siglos XVIII y XIX no sólo muy próximos a él, sino menos representativos de lo que consideraba característico y esencial español que las centurias de la Edad Media y del siglo áureo, estimadas (con punto de vista romántico) heroicas.

Américo Castro y su maestro don Ramón —de manera más callada y serena el segundo, con más presencia pública y polémica el primero—, fueron estudiosos

(según queda dicho) muy impregnados de la cultura española del krausismo, ese krausismo español que llena como espíritu general buena parte de la vida intelectual española de los tres cuartos de siglo que se extienden entre 1860 y 1936.

Por su parte, Joan Coromines estuvo ciertamente vinculado al Centro como doctorando, y fue además pensionado de la JAE; viaja a Madrid a comienzos de 1928, y allí es alumno de Menéndez Pidal y de Américo Castro durante todo el semestre. La Memoria o tesis doctoral, editada en 1931 como *Vocabulario aranés*, había sido leída por su autor el 7 de noviembre de 1928, y obtuvo sobresaliente y —previa oposición— el Premio Extraordinario: tal tesis fue aprobada (según noticia dada por él mismo) «sota la ponència de Menéndez Pidal».

En la *Memoria* de la JAE referida a los cursos 1926-1927 y 1927-1928 encontramos el nombre de Juan Corominas Vigneaux en cuanto se le había concedido una pensión para Suiza a fin de estudiar «lingüística románica y de antiguos dialectos germanos»: va a Zúrich y toma parte en los trabajos de los Seminarios Románico y Germánico de la Universidad, y asiste a cursos oficiales de J. Jud, Gauchat, etc. Luego «en 15 de noviembre de 1929 se trasladó a París, en donde permaneció hasta el 31 de marzo de 1930, [...] asistiendo a las clases de la Sorbona, École pratique des Hautes Études, Collège de France y École des Langues Orientales vivantes», a cursos de A. Meillet, J. Vendryes, M. Roques, O. Bloch, A. Thomas... En conjunto nuestro autor estuvo en contacto con la JAE y el CEH de enero de 1928 a ese marzo del año 1930, aunque parece que con alguna interrupción.

El verdadero gran maestro de Coromines —aunque siempre tendría asimismo por tal a don Ramón—, fue Jakob Jud, a quien dedicó una bella y emocionante semblanza en la que elogió el «coneixement integral de les llengües» que poseía, cosa que en muy buena medida podría haber dicho asimismo de Menéndez Pidal¹⁴.

En las Memorias de la JAE se menciona ya al joven Amado Alonso como director del Instituto de Filología de Buenos Aires; inmediatamente antes había profesado un curso en la Universidad de Puerto Rico. Tomás Navarro Tomás se trasladó asimismo a esa Universidad puertorriqueña en el año escolar 1927-1928, y se hallaba «reuniendo materiales para formar el mapa lingüístico de la Isla»: efectivamente el autor daría varios lustros más tarde (en 1948) la obra *El español en Puerto Rico*.

Otras noticias acerca de la labor del Centro en los años académicos 1928-1930 resultan así:

¹⁴ Cfr. Joan Coromines, «Jakob Jud (1882-1952)», *Lleures i converses d'un filòleg*, Barcelona, Club Editor, 1971, pp. 381-393.

a) «Ha terminado la impresión del primer volumen de la *General Estoria de Alfonso X el Sabio*, a cargo de don Antonio G[arcía] Solalinde». Estamos ante la primera entrega de una obra a la que dedicó su empeño Solalinde hasta su muerte temprana, y que luego ha sido continuada —según se sabe— por la escuela que él instituyó en la Universidad de Wisconsin. En 1930 apareció en efecto el primer volumen de la edición de la *General Estoria* alfonsí, y se iniciaba con estas palabras interpretativas: «Alfonso X orientó su actividad cultural en una dirección definida: determinar la conducta del ser humano, es decir, averiguar lo que el hombre hizo en tiempos pretéritos, señalar la calidad e índole de sus acciones al estar sometidas éstas a poderes ultravisibles —influencia astral o divina—, y fijar los deberes ciudadanos. Este sentido moralista se deduce claramente de sus obras de historia, de sus libros astronómicos, astrológicos o de milagros y de su magna producción legislativa. Las demás ciencias [...] tan sólo le interesaban como auxiliares de aquéllas»; no estamos por consiguiente ante una enciclopedia al estilo isidoriano.

b) «Ha aparecido ya el libro de la señorita Margot Arce sobre *Garcilaso de la Vega* [...] y las *Cartas inéditas de Valdés* [...] por José F. Montesinos». Una de las dedicaciones del Centro resultó efectivamente la del estudio del siglo XVI, avalado en las décadas iniciales del siglo XX muy por encima del XVII, en parte por la herencia intelectual de Menéndez Pelayo que operaba en Menéndez Pidal: el propio don Ramón, Navarro, Américo Castro, Amado y Dámaso Alonso, Montesinos, etc., escribieron sobre los tiempos de Carlos V, y conocidas son asimismo las páginas pidalinas referidas no ya al monarca, sino a Santa Teresa, y a la revolución fonético-fonológica de la segunda mitad de la centuria —materia esta última prácticamente única de la que se ocupó don Amado en los años últimos de su vida—. La superior estimación del Quinientos que se hizo en el CEH pudo hallarse motivada asimismo por la percepción de la armonía que presenta la centuria en sus producciones filológicas, conjunto con valor de tal que en el Seiscientos se verá sustituido por figuras geniales más aisladas, e imitadores y epígonos no siempre de calidad.

Margot Arce se había incorporado al Centro y en él escribió su monografía garcilasista, y sin duda esa inquietud prendió asimismo en Rafael Lapesa, quien dedicaría al toledano un conocido estudio que le sirvió inicialmente como el llamado trabajo de firma de cátedra cuando preparaba oposiciones a la materia «Gramática General y Crítica Literaria»; luego y hasta nuestros días es una obra necesaria; mucho menos conocida —apenas recordamos haberla visto mencionada— es su antología escolar *Poetas del siglo XVI* (1946), en la que alude intuitivamente a «la revolución literaria» garcilasiana que introducía metros lentos «menos pendientes que el octosílabo de la rima acuciadora»: se trató en efecto de la quiebra de un paradigma métrico y de su sustitución por otro. Don Rafael en realidad siempre simultaneó lo idiomático con lo literario, y cabe decir que su otro trabajo de firma

de cátedra —el que dedicó al Fuero de Avilés cuando opositó a Gramática histórica de la lengua española— tiene sus raíces en el CEH, en sugerencias de trabajos de Menéndez Pidal. ¡Admirables continuidad y colaboración y estímulo entre unos y otros!.

c) «Han comenzado los trabajos de preparación del Atlas Lingüístico de la Península Ibérica. En ellos colabora principalmente con el señor Navarro Tomás don Aurelio M. Espinosa Jr. Se han preparado e impreso los cuestionarios [...]. El señor Espinosa ha iniciado los trabajos con una excursión por los pueblos de la provincia de Cáceres [...]. Con objeto de fijar normas para los colaboradores, el señor Navarro Tomás está explicando un cursillo de Geografía lingüística desde principio de curso de 1930».

Estamos ante la magna empresa —frustrada en parte— del *ALPI*; solo se halla publicado un volumen por el CSIC (1962), aunque los escritos que en torno a él hizo su director don Tomás Navarro se encuentran agrupados por fortuna en un volumen: *Capítulos de geografía lingüística de la Península Ibérica* (1975), que ilustran hechos tanto fonéticos como léxicos. Hoy en día y en soporte informático resulta posible acceder a más materiales de este *ALPI*, al cual no se le ha juzgado siempre con justicia; además, y debido a desconocimientos inexcusables, cuando murió Manuel Alvar algún filólogo de nombre conocido hasta le atribuyó por escrito la autoría de este Atlas.

Queda mencionado Antonio García Solalinde (1892-1937), y cabe añadir algo acerca de él. En sus años juveniles se incorporó enseguida a la Residencia de Estudiantes, en la que disfrutó de una de las becas que se concedían a estudiantes de inteligencia y vocación; uno de sus colegas y amigos posteriores tiene dicho —y ahora nos importa— que «en excursiones dominicales al Guadarrama recibió en su adolescencia las últimas lecciones de aquel gran forjador de carácter que se llamó don Francisco Giner de los Ríos». A poco de ser en efecto residente y cuando era aún estudiante, Antonio G. Solalinde firma un cuaderno de trabajo que publicó la propia Residencia; consistía en una transcripción paleográfica del manuscrito de *El Sacrificio de la Misa* de Gonzalo de Berceo que se encuentra en la Biblioteca Nacional de Madrid; la publicación la reseñó Tomás Navarro Tomás en la *RFE*, quien hizo notar cómo el joven Solalinde se ajustaba rigurosamente a las condiciones de exactitud que la filología exige. Luego y pasados los años, la revista *Residencia* (1927) reproducía un artículo de periódico que evocaba como *hecho sintomático* del ambiente de calidad moral e intelectual de la vida en esa institución, el que un estudiante hubiese llevado a cabo tal edición de Berceo, y el que la propia institución la hubiese publicado.

Asimismo, puede registrarse el hecho de la confianza que en nuestro autor tuvo desde los momentos iniciales don Ramón Menéndez Pidal, y así formó parte enseguida de este Centro de Estudios Históricos del que estamos tratando; las Memorias

de la JAE no dejarán de considerar en ningún momento a Solalinde como miembro del grupo pidalino de estudiosos, aun cuando él no residiera ya físicamente en España sino en Wisconsin: desde 1924 ingresó en esa Universidad, en la cual permaneció hasta el día de su muerte. Allí funda un «Seminario de Estudios Medievales Españoles» dentro del Departamento de Español y Portugués, y crea una escuela de muchos hispanistas relevantes: Kasten, Herriott, Oelschläger, Kiddle...

FINAL DE LA REPÚBLICA Y DE LA JAE Y EL CEH

La *Memoria* «correspondiente a los cursos 1931 y 1932» menciona entre los colaboradores del CEH a Pedro Salinas, a Lorenzo Rodríguez Castellano, o a Enrique Moreno Báez; de Menéndez Pidal se dice en la misma que «ha empezado la preparación de la *Historia del idioma español*», que en efecto acabaría por redactar —a veces muy alejado de sus papeles— en los años mencionados de 1938-1942, y que se publicó póstumamente (2005).

«El señor Lapesa —encontramos también esta información— ha estudiado *El dialecto de Asturias Occidental en los documentos medievales*; se trata en realidad de la que fue su tesis doctoral, que quedaría publicada muchos años más tarde (1998). En fin sabemos por la presente *Memoria* que «desde fines de 1930 el Centro de Estudios Históricos viene ocupándose de la formación de[!] Archivo [de la Palabra], que se proponía llevar a cabo registros dialectales y «testimonios autofónicos de personalidades ilustres»; de esta manera han llegado hasta nosotros las inscripciones que realizaron Cajal, Pío Baroja, Valle, don Ramón, Juan Ramón, Ortega, etc., y con ellas su voz. La grabación se puede oír hoy en disco compacto de 1998.

No cabe olvidar que Pedro Salinas tuvo la iniciativa en el Centro de editar la revista *Índice Literario* dentro de unos proyectados «Archivos de Literatura Contemporánea»; desde junio de 1932 a junio pero de 1936 publicó en ella comentarios personales sobre textos que iban apareciendo y que ahora se encuentran reproducidos en los *Ensayos* de nuestro autor¹⁵. Don Pedro contó desde luego con distintos colaboradores en el «Índice»; en general, la página de presentación de la primera entrega manifestaba:

Lo que *Índice Literario* desea es ofrecer al lector, por medio de reseñas compendiosas y análisis sumarios de cada libro, elementos de juicio sobre el contenido y características de nuestra producción literaria contemporánea, sirviendo así de guía de información que [...] sea lo más completa y al día posible [...]. Las reseñas se atenderán a las condiciones de exactitud, fidelidad y tono objetivo, exentas de crí-

¹⁵ Vid. Pedro Salinas, *Ensayos Completos*, ed. de Solita Salinas, Madrid, Taurus, 1983, I, pp. 37-38 y 91-185.

tica personal y valoraciones de estimación, con las cuales [condiciones] únicamente cree el Centro de Estudios Históricos que debe abordar esta parte viva de la historia literaria.

La huella pidalina nos parece visible en este empeño: se trataba de hacer una guía del lector exacta y objetiva, ajena a los personalismos que a veces tiene la crítica periodística; se trataba de mantenerse —al hablar de los estrictamente contemporáneos— en el mismo tono de sobriedad moral con que don Ramón y varios de sus discípulos emprendían todas las tareas. No deja por otra parte de resultar a posteriori un símbolo, que el primer artículo de redacción de la revista se encuentre dedicado al volumen de Federico de Onís «Ensayos sobre el sentido de la cultura española», pues a la cultura y a las tradiciones españolas tal como se habían ido constituyendo a lo largo de los tiempos se encontraban dedicados los trabajos del Centro; el último *Índice Literario* se ocupará cuatro años más tarde de Pío Baroja, de José María de Cossío en tanto estudioso de la historia literaria, y del Alejandro Casona de *Nuestra Natacha*, estrenada en febrero de ese mismo año 1936 y publicada de inmediato.

En 1935 se imprime en Madrid la que sería última Memoria bianual de la JAE: se trata de la *Memoria correspondiente a los cursos 1933 y 1934*, en la que se sintetizan las innovaciones de organización que ha experimentado el CEH. Figura como secretario suyo Salvador Fernández Ramírez, y han comenzado sus trabajos dos secciones nuevas: la Sección de Literatura Contemporánea, de la que es director Pedro Salinas —que en realidad había iniciado las labores ya en 1932, según acabamos de ver—, y la Sección de Estudios Hispanoamericanos dirigida por Américo Castro. Colaborador en Literatura contemporánea era Vicente Llorens, y en la sección de estudios americanistas lo eran Ramón Iglesia y Ángel Rosenblat.

Entre los colaboradores a su vez de la Sección de Filología del Centro figuran ahora Julián Bonfante, Clemente Hernando Balmori, Antonio Magariños, José María Pabón o M[oisés] Sánchez Barrado: en efecto, se encontraba iniciada ya en ella lo que puede denominarse una subsección de estudios clásicos, que publicó la revista *Emerita* e inició asimismo la colección de manuales «Emerita», el primero de los cuales fue *Las lenguas y los pueblos indoeuropeos* por P. Kretschmer y B. Hrozný en traducción de Sánchez Barrado y de Magariños (1934), y el segundo *La sintaxis científica en la enseñanza del latín* por Wilhelm Kroll traducido por A. Pariente (1935). Tras la guerra y en los años cincuenta y sesenta, el catedrático de «Gramática General» Antonio Llorente hacía uso de ambos volúmenes en sus clases y en algún escrito.

En cuanto al *ALPI* se registra que para la exploración de las provincias catalanas, valencianas y gallegas «se han incorporado a esta sección del Atlas Lingüístico los señores don Francisco de B. Moll, don Manuel Sanchís Guarner y don Aníbal Otero». De entre los colaboradores de Navarro en el CEH, Rodríguez Castellano,

Sanchís, Moll, etc., alcanzarían con los años el logro de una obra personal dialectológica, histórica y de filología en sentido amplio, de notorio relieve.

El grupo de estudios hispanoamericanos reunido en torno a Américo Castro publicó en 1935 y nominalmente hasta 1936 —de hecho debió de imprimirse el último volumen en 1937— la revista *Tierra Firme*, de cuya primera entrega fue redactor jefe José Fernández Montesinos, y director Enrique Díez-Canedo; en ella colaboró continuamente Ángel Rosenblat, quien iniciaba allí sus conocidos trabajos —a los que volvería varias veces— en torno a la población indígena de América.

El número primero de *Tierra Firme* llevó una presentación inicial en la que se manifestaba respecto de la propia publicación: «Limitada a temas de orden espiritual doctrinalmente expuestos, y a hechos, ideas, figuras de nuestro tiempo, anhelamos mantenerse en la serena zona expositiva, y tocante a polémicas y discusiones, ofrecer a todas las tendencias un campo abierto en donde se contrasten depuradas de sus movimientos apasionados»; se trataba, pues, de mantenerse en el mismo tono del CEH, el de la sobriedad y honestidad y mesura, y de tener presente temáticamente lo hispanoamericano, a saber: «España no puede permanecer aislada, confinada en el estudio de sí misma, contemplando su propia historia. Ha de hacerse como todos los pueblos, día por día, en comunión permanente con los de su gran familia cultural, ante todo». Américo Castro impulsaba el conocimiento de otras lenguas y culturas, y en parte en tal sentido escribió *El pensamiento de Cervantes* y ahora estimula la atención en concreto al que se llama en la presente revista «mundo hispano»; tras la guerra, sabido es que don Américo se instalará por contra en las perspectivas y las explicaciones casticistas.

Había que atender al mundo hispano, y de ahí el propósito repetido en la presentación de *Tierra Firme*: «Queremos sustituir la retórica y divagación con que se han tratado los más vitales temas hispánicos por el dato exacto y la comprensión más severa». Rigor técnico, sobriedad honesta, atención al «pensamiento universal»: esto era lo que buscaba nuestra revista, que en la entrega inicial insertaba contribuciones de su inspirador el propio Américo Castro, de Rosenblat, etc., y dos reseñas a obras señeras: una de Ramón Carande al libro de Hamilton sobre los tesoros de Indias y los precios en España, y otra de Tovar a la *Paideia* de Jaeger.

En el año 1937 debiera haber estado impresa la **Memoria correspondiente a los cursos 1935 y 1936*, pero el estallido de la Guerra Civil lo impidió. En la Biblioteca Valenciana se conservan, sin embargo, dos hojas de letra que es con toda seguridad de Rafael Lapesa —hojas que hemos podido ver—, en las que aparecen nombres de los colaboradores del CEH entre 1932 y 1936: consta así vinculada a Menéndez Pidal, Pilar Lago Couceiro (la esposa de Lapesa); vinculado a A. Castro, Antonio Rodríguez Moñino (y —añadimos por nuestra cuenta— Enrique Díez-Canedo); vinculado a la Sección de Pedro Salinas estuvo Guillermo de Torre.

El profesor Sánchez Lobato nos ha reprochado varias veces en conversación particular que no incluyamos en la nómina de discípulos directos de Menéndez Pidal a Alonso Zamora; evidentemente no lo incluimos porque en la documentación de la JAE, y en los testimonios de primera mano transmitidos por Lapesa —entre ellos las dos hojas a las que aludimos—, no aparece nunca el nombre de este filólogo, quien en efecto pudo mantener trato y amistad con algunos maestros del Centro, pero no tenemos pruebas de que perteneciese institucionalmente a él; con quien sí conservó trato personal fue con Navarro.

En esos años aludidos 1935-1936 se publicaron por el Centro de Estudios Históricos el libro de Dámaso Alonso *La lengua poética de Góngora* (1935) y el de Américo Castro *Glosarios latino-españoles de la Edad Media* (1936) —obra para la que trabajó Coromines—, los *Arcaísmos dialectales* de Aurelio Macedonio Espinosa, etc.

Lapesa fue garante en los años de la guerra de la conservación de los materiales de trabajo que habían quedado en el último edificio que tuvo el CEH, el de Duque de Medinaceli, 4, de Madrid; por incitación de don Tomás Navarro emprendió, además, entonces la redacción de una «Historia de la lengua española» con destino a la «Biblioteca Popular de Cultura y Técnica» de la Editorial Nuestro Pueblo, y esa Historia aparecía anunciada ya en algunos de los pequeños volúmenes publicados por la editorial. Tras la contienda, en 1942 apareció definitivamente el texto; sin embargo, los volúmenes del autor que mejor sistematizan su obra de investigación lingüística han sido el mencionado *El dialecto asturiano occidental en la Edad Media*, más los volúmenes *Estudios de historia lingüística española* (1984); *Estudios de morfosintaxis histórica del español* (2000); y *El español moderno y contemporáneo* (1996).

UNA ESPECIE DE SÍNTESIS FINAL

Por lo que respecta no ya sólo a don Ramón sino a la escuela toda de sus discípulos y colaboradores directos en el CEH, cabe decir que son cuatro generaciones de la cultura española —bien conocidas de los estudiosos—, las que han aportado nombres y hombres o mujeres a la misma; hablamos de generación en el sentido amplio de Ortega, de comunidad de fecha y comunidad espacial, las cuales dan lugar —tal como decía el filósofo— a una «identidad [...] que] produce en los coetáneos coincidencias secundarias». Desde luego tenemos presente que la comunidad de fecha se produce según intervalos o cadencias de quince años: en el caso particular de nuestra cultura entendemos —según hemos dicho muchas veces— que la generación del noventa y ocho nace en los años que van de 1861 a 1875; la llamada generación del 14 entre 1876 y 1890; la del 27 de 1891 a 1905; y la del 36 entre 1906 y 1920. En este sentido la nómina de miembros vinculados al Centro de Estudios Históricos es así:

- generación del 98: Ramón Menéndez Pidal;
- generación de 1914: Vicente García de Diego, Tomás Navarro Tomás, Américo Castro, Federico de Onís, Homero Serís, Miguel Artigas, Eduardo Martínez Torner, Federico Ruiz Morcuende;
- generación del 27: Samuel Gili Gaya, Amado Alonso, Salvador Fernández Ramírez, Dámaso Alonso, Pedro Salinas, Antonio García Solalinde, Florentino Castro Guisasola, Miguel Herrero, José Fernández Montesinos, Ernesto Giménez Caballero;
- generación de 1936: Rafael Lapesa, Antonio Tovar, Enrique Moreno Báez.

La intensidad en la vinculación respectiva al Centro de estos autores es muy diversa: quizá nada más que unos diez de ellos resultan —por su temática, por su trayectoria, etc.— más estrictamente pidalinos: García de Diego, Navarro, Castro, Gili, Amado Alonso, Fernández Ramírez, Dámaso Alonso, Solalinde, Lapesa, Antonio Tovar. Además y tras la guerra, resultan discípulos formados directamente por don Ramón —ya está anticipado—, los miembros de su propia familia Álvaro Galmés y Diego Catalán.

En las generaciones intelectuales de la España contemporánea, Menéndez Pidal ya decimos que pertenece obviamente —por la fecha de su nacimiento— a la del 98; sin embargo, lo que no debe olvidarse es que en don Ramón actuó en confluencia con el noventa y ocho otra tradición de gran impronta: la del krausismo español. La impregnación krausista de nuestra literatura en las décadas finales del siglo XIX y en el primer tercio del siglo XX es un hecho cierto según hemos dicho ya, y en ese marco hay que situar, asimismo, a Menéndez Pidal: su austeridad personal de vida, la independencia de conciencia y un tono laicista, el gusto por las tradiciones y lo folclórico, la demofilia, etc., le inscriben en tal serie del krausismo español, como inscriben también en esa serie a varios textos de García Lorca.

Nosotros formularíamos que Ramón Menéndez Pidal era persona de implantación krausista pero que por su edad pertenecía a los hombres del 98, y ese noventa y ocho incidió en su krausismo. No es sin más un hombre del 98, aunque también lo sea y le venga condicionado por su zona de fechas de nacimiento. El gusto por el excursionismo, por las tradiciones españolas, por el folclore, por la intrahistoria toda, caracterizan entre nosotros a Giner de los Ríos y a sus gentes, y tal herencia la hace suya de manera muy decidida don Ramón. La sobriedad y austeridad, la decencia intelectual, el interés por la Historia de España, etc., eran manifestaciones en el Centro del espíritu del krausismo español.

Hay un libro precioso (1929) de Manuel Bartolomé Cossío (*De su jornada*) que cualquier profesor español —hemos dicho alguna vez— creemos que debiera leer, y en el que se estampa, por ejemplo, a propósito de la enseñanza de la historia en

la Institución Libre de Enseñanza, que «tiene desde el comienzo carácter de Historia de la cultura» y que en ella «se habla más de los pueblos que de los personajes [...] despertando la idea (sin decirlo) de que todo lo que hay se hace por todos, y de que el verdadero sujeto de la historia no es el héroe sino el pueblo entero, cuyo trabajo de conjunto produce la civilización»; por todos se hace el lenguaje y el romancero, según ha ilustrado la escuela de don Ramón.

Menéndez Pidal hizo suya una historiografía romántica —como en realidad tuvo una fuerte impronta romántica la historiografía de sus discípulos del Centro de Estudios Históricos, la de Américo Castro, etc.—, y ese romanticismo le llevó a ponderar la acción de los héroes (el Cid, los conquistadores de América con sus «ilustres hazañas»), pero operó en él la otra impronta de la mentalidad krausista, y de ahí su populismo —en el sentido más noble de la voz— o demofilia, y su apego a lo tradicional intrahistórico. Don Ramón no estudió sino por ineludible necesidad científica y en lo que hacía falta el llamado mester de clerecía, o el Cuatrocientos literario; él se ocupó empero de los juglares y de la poesía juglaresca, que en definitiva era tradicional y en parte obra de todos, y trató también del lenguaje y del romancero, productos asimismo muy tradicionales y obra también un poco de todos.

La noción pidalina de «estado latente», o sea, el hecho de que puede estar perviviendo por ejemplo el romancero durante siglos y, sin embargo, no se tenga conciencia de ello, o se tenga y no se le preste importancia o interés, es noción muy vinculada a un examen del pasado justamente por lo que tiene de colectivo y de intrahistórico (la intrahistoria, según define el Diccionario académico a la zaga de Unamuno, es ‘la vida tradicional, que sirve de fondo permanente a la historia cambiante y visible’; es la ‘vida tradicional del pueblo, que subyace a los acontecimientos’, en la definición del *Diccionario del español actual* de Manuel Seco y Olimpia Andrés).

En la historia del lenguaje —en efecto—, de la literatura o de las instituciones sociales y políticas, el proceso de ocultación o latencia es cierto, y Menéndez Pidal explica —creemos que con formulación muy clara— en qué consiste ese estado latente, y nota entonces a la letra cómo los contemporáneos de un hecho o uso social no se dan cuenta de él porque viven apartados del medio en que se produce y lo desconocen, o si lo conocen no dan testimonio del mismo porque no lo tienen por digno de atención. Se trata, por lo tanto, de una actividad colectiva o uso social que queda oculto porque o se desconoce, o se halla relegado a grupos sociales incultos; sale de esa latencia cuando al hecho se vuelve a prestar atención por las gentes cultas o eruditas.

Ya decimos que Menéndez Pidal se ocupó de los hechos tradicionales como el lenguaje y el romancero; del segundo sentó la tesis de que vive en variantes, y del idioma podríamos decir lo mismo, que vive en variaciones o en una dialectalidad

esencial: no hay lengua sin diferenciaciones internas. Don Ramón estableció en concreto —en su *Poesía juglaresca* de 1957— grados en la tradición, es decir, grados de consistencia tradicional en diversas actividades colectivas: lo más densamente tradicional de todo le parecía el lenguaje, y de ahí que el individuo pueda intervenir difícilmente en cambiarlo; segundo grado de tradicionalidad (o sea, menor tradicionalidad) presenta el romancero. El romance posee menor grado de tradicionalidad que el lenguaje, en su vida intervienen menos gentes, se halla en boca de menos —la lengua la hablan todos—, y así una innovación feliz puede incorporarse algo más fácilmente al texto romanceril y emigrar a varios lugares y difundirse; los estudios pidalinos y de D. Catalán, etc., lo ilustran muy bien. La densidad o consistencia de la tradicionalidad respectiva hace más inmutable el idioma, menos al romance: cuando hay menor tradicionalidad, resulta más fácil que las innovaciones se abran paso.

Añadía don Manuel Bartolomé Cossío en su obra mencionada que para la enseñanza de la historia se hacían en la Institución Libre de Enseñanza visitas a museos y excursiones a ciudades monumentales e históricas; de la misma manera don Ramón Menéndez Pidal recorrió la ruta del Cid, e hizo encuestas dialectales y romanceriles: se trataba en uno y otro caso de descubrir las situaciones históricas, las corrientes tradicionales, lo colectivo y hecho por todos (nada más hecho por todos que el idioma de todos los días).